

Embarazos adolescentes

Francisco J. García Lozano

cine

Nuestras pantallas nos ofrecen estos días dos películas en las que se trata de forma muy diferente un problema común: el embarazo adolescente y sus soluciones. Una es la rumana, 4 meses, 3 semanas, 2 días, y otra la estadounidense, Juno. Si la primera resulta un reportaje que pone ante el espectador las dificultades nacidas en el contexto de un gobierno totalitario que por motivos políticos prohíbe el aborto, la segunda opta por poner ante el espectador situaciones poco creíbles buscando descaradamente su atención, con lo que entretiene y atrapa, pero no termina de convencer.

«4 meses, 3 semanas, 2 días» de Mungui

Lo primero que puede sorprender al espectador que se acerque a esta película es su origen: Rumanía. ¿Acaso existe un cine rumano? Pues sí, aunque no sea tan imperceptible como parece a simple vista. Y este cine, con un promedio de 10 películas al año y con una cuota de pantalla que no alcanza el 5%, sólo en Cannes, en los últimos cuatro años ha conseguido dos Palmas de Oro, una al mejor corto y otra por la película que nos ocupa. Un ejemplo digno de cómo rentabilizar una escasa producción pero de calidad considerable. De hecho, la última referencia de un estreno rumano en nuestro país se remonta a 2006 con la película *12:08. Al este del Bucarest* con la que Cornelu Porumboiu (1975) comenzaba a descubrir-

nos la ignota filmografía rumana. Entre ambas se pueden establecer algunos elementos comunes como el interés por revisar la historia más reciente desde una óptica realista, el de adoptar ropajes de documental y el de plantear un tono bastante oscuro en sus planteamientos. Y es que tras la ejecución de Nicolae Ceausescu en 1989, Rumanía trata de hacerse un lugar entre sus vecinos europeos, también cinematográficamente hablando, en la que Cristian Mungiu trata de acercarnos «trozos de vida extraídos de aquella época, que ha llegado hasta nosotros por la vía de la transmisión oral y en diferentes versiones, pero todos ellos tienen un fondo de verdad».

La película plantea una visión personal de un tiempo de infortunio en el que la gente vivía como si los tiempos fuesen normales, con lo que se consigue ese tono más testimonial que documental. Del guionista y realizar rumano Cristian Mungiu poco se puede decir a parte de que tras las cámaras solo tenemos un primer largo titulado *Occident* (2002, inédito en España) y un episodio, *Turkey Girl*, del film colectivo *Lost and Found* (2005).

La narración se centra, casi en tiempo real, en un día decisivo en las vidas de Otilia (Anamaria Marinca) y Gabita (Laura Vasiliu), dos jóvenes que comparten habitación en una residencia de estudiantes. Otilia decide ayudar a Gabita a abortar. A partir de ese momento se sigue una especie de

amarga odisea en busca de un local y un técnico para salir del apuro: el local será una habitación de hotel y el técnico, el señor Bébé (Vlad Ivanov).

El título del film hace referencia al estado de Gabita: se encuentra embarazada de cuatro meses, tres semanas y dos días, un severo problema en la Rumanía de 1987 donde la interrupción voluntaria de la gestación de un feto de menos de tres meses, se penaba como delito de aborto, y de un feto de más de cuatro meses, como asesinato, en ambos casos con la cárcel. La interrupción voluntaria del embarazo fue ilegalizada en 1966 con el objetivo de incrementar la tasa de natalidad: con ello se consiguieron dos efectos, el de aumentar notablemente la población y el de que las mujeres se vieron obligadas a recurrir al aborto ilegal, lo que provocó cerca de 500.000 muertes en los 24 años que duró su prohibición durante la dictadura comunista.

El gran acierto de Mungui se traduce en contar todo esto con una sobriedad absoluta. El aborto es un mero pretexto para explicar lo que no se ve, con lo que el espectador imagina y experimenta la asfixia propia de una sociedad clausurada por el miedo. Esto se consigue cinematográficamente mostrando todo este universo a base de largos planos-secuencia que respetan de forma unitaria cada situación anímica de la protagonista, se une a ello una total ausencia de música y un uso manual de la cámara.

Mungiu no rehuye incluso algunas imágenes que, por ser demasiado explícitas, pueden herir algunas sensibilidades; optar entre mostrar y sugerir no es fácil, y aquí el director consigue algo difícil: mostrar algo tan melodramático y efectista como un aborto de una manera aséptica y fría. De estos aspectos formales surgen los momentos más dignos del film: las primeras secuencias en la residencia de estudiantes y el mercado negro para conseguir las cosas más elementales, el interminable plano fijo de la cena, las conversaciones y la cara de Otilia, el periplo final de Otilia intentando deshacerse del feto, unos momentos tan intensos como desesperados en medio de la oscuridad o el plano final y su fundido en negro.

4 meses, 3 semanas 2 días es la primera parte de un proyecto más amplio titulado irónicamente *Relatos de la edad de oro* en torno a los años del régimen dictatorial de Ceaucescu. Mungui apuesta fuerte en esta primera incursión en su historia más reciente. Terrible crónica sobre la opresión y el miedo donde si bien las protagonistas consiguen perseverar en su ser, recordando aquella valiosa definición que nos dejó Spinoza sobre lo que era el valor, el peso de amargura, soledad y desolación emocional con que se cierra la narración se convierte en la gran metáfora de un país que en su derrumbamiento arrastró inexorablemente el destino y las esperanzas de toda una nación.

«Juno» de Jason Reitman

La película nos sitúa en las antípodas de la película anterior en todos los sentidos. Se encuadra dentro de un tipo de cine comúnmente denominado «*cine indi*», también conocido como «*cine independiente*» que resulta tan difícil de definir como de delimitar. A grandes rasgos podríamos decir que son narraciones en las que

*el guión huye del tremendismo
y acude a la ironía y la
naturalidad rebajando de esta
manera el problema de la
protagonista; Jason Reitman
desperdicia la oportunidad de
hacer un retrato generacional
de la problemática, y mucho
menos intenta aportar un
enfoque realista*

priman las historias frente a los efectos especiales, rostros desconocidos frente a grandes actores consagrados (premisa que no se cumple en este film) y que se centra en contar historias reales cercanas al gran público.

Año tras año surge una película con estas características que sobresale por encima de las demás, venida preferentemente del Festival de Sundance. Hay algo que no termina de funcionar nunca en este tipo de películas: la

reivindicación de su condición de «*freak*» supedita y anula cualquier atisbo de realismo de modo que todo lo familiar que puedan resultar sus planteamientos y situaciones, que lo son o pueden ser, quedan ocultos por el artificio de vindicar su condición de independiente, por encima de la situación de partida. Películas que en el fondo se ahogan en sus propios planteamientos.

Esta que nos ocupa viene a continuar la senda que marcó el año pasado *Pequeña Miss Sunshine*. Si el elenco de personajes que aglutinaba la pareja Dayton-Faris en su película se nos antojaba un puñado de tópicos maquillados muy al estilo *indi* (un experto en Proust homosexual con tendencias suicidas, un joven de quince años lector de Nietzsche, un abuelo drogadicto y enganchado a la pornografía...), la película de Reitman se desangra por la misma herida. Con esta su segunda película, tras su feroz crítica de la «cultura del *spin*» en torno a las grandes tabacaleras con *Gracias por fumar* (2006), Reitman toma el guión de Diablo Cody, una «*stripper*» que en sus ratos libres creó un blog titulado *Pussy Ranch* en el que narraba sus sórdidas experiencias en el mundo de los *peep shows* que pronto se transformó en un *best-seller*, para dar forma a su protagonista.

El film de Reitman, no podemos negarlo, tiene su punto fuerte en un guión inteligente y original, con diá-

logos chispeantes y un humor muy fresco. El guión huye del tremendismo y acude a la ironía y la naturalidad rebajando de esta manera el problema de la protagonista. *Juno* yuxtapone una curiosa mezcla de personajes *outsider* con características del cine *teenager*. En este caso la joven Juno (Ellen Page), que da título al film, es una joven de 16 años que adora el cine de Dario Argento, que a todas horas escucha a los Stooges, que ejercita su ingenio con su amiga Leah (Olivia Thirlby) y que tras quedarse embarazada, decide tener al niño y darlo en adopción. Su padre (J. K. Simmons) y su madrastra (Allison Janney) están de acuerdo. Los elegidos para convertirse en padres adoptivos del futuro hijo son Vanessa y Mark Loring (Jennifer Garner y Jason Bateman), una pareja aparentemente perfecta. A medida que Juno se acerca a la salida de cuentas, veremos la evolución emocional de la protagonista así como la vulnerabilidad de apariencias de la pareja adoptiva.

Jason Reitman desperdicia la oportunidad de hacer un retrato generacional de la problemática (el aborto es tocado de puntillas), y mucho menos intenta aportar un enfoque realista al drama social de las adolescentes embarazadas. Esto le viene demasiado grande a Reitman optando por situaciones poco creíbles buscando descaradamente la atención del espectador. *Juno* entretiene y atrapa, pero no termina de convencer. ■